

IV

—¡Bah, bah! — dijo el vicario mientras almorzaba al día siguiente de la llegada de la Skinner. — ¡Bah, bah! ¿Qué significa esto? Y examinaba á través de sus gafas el periódico. — ¡Avispas gigantes! ¿En qué va á parar este mundo?... ¡Periodistas americanos, ó como si lo fueran! ¡A la porra con todas estas novedades! Yo me conformo con que haya uvas gigantes. ¡Qué disparates! — prosiguió el vicario bebiéndose el café de un trago, con los ojos fijos en el papel y haciendo chasquear los labios con incredulidad. — ¡Qué galimatías!

Pero al día siguiente se habló más de ello y vino el esclarecimiento, aunque no de golpe y porrazo. Cuando salió á dar aquel día su paseíto higiénico, aun iba riéndose de las abundantes historias que su periódico quería hacerle creer. Avispas eran, en efecto; avispas que de un picotazo mataban á un perro. Al pasar casualmente por el sitio donde aparecieron los primeros hongos descomunales, vió que crecía allí la hierba de un

modo extraordinario, pero no relacionó aquello con el motivo de su risa.

—Ya hubiéramos oído seguramente algo sobre esto — se dijo. — Whitstable no puede distar más de veinte millas de aquí.

Algo más allá volvió á encontrar otro hongo de los de la segunda aparición, tan grande como el huevo del ave fabulosa, que sobresalía del césped, de un espesor desconocido. Entonces, y repentinamente, empezó á ver claro el vicario. No prosiguió su acostumbrado paseo higiénico, sino que dió la vuelta por el segundo portillo, y llegó á la cabaña de los Caddles.

—¿Dónde está ese niño?

Y al verlo exclamó:

—¡Dios me valga!

Subió al pueblo sin dejar de echarse bendiciones y se encontró con el médico que bajaba en actitud pensativa. Le cogió por el brazo y le dijo: —¿Qué significa esto? ¿Ha leído usted los periódicos de estos últimos días?

El doctor contestó afirmativamente.

—Bueno. Y ¿qué es lo que ocurre con ese niño? ¿Qué está sucediendo con todo, con avispas, con hongos, con niños?... ¿Eh? ¿Qué es lo que produce este crecimiento descomunal? ¡Esto es de lo más extraordinario! ¡Y decir que pasa en Kent! ¡Si por lo menos fuese en América!...

—Es algo difícil decir lo que sucede — con-

testó el médico. — Pero según voy yo comprendiendo por los síntomas...

—¿Qué?...

—¡Es hipertrofia!... ¡Hipertrofia general!

—¿Hipertrofia?

—Sí, general; es decir, que alcanza á toda la estructura del cuerpo, á todo el organismo. Puedo asegurar que, en mi opinión y aquí entre nosotros, estoy convencido de que eso... ¡Pero hay que tener cuidado!...

—¡Ah! — dijo el vicario grandemente consolado con la idea de que el doctor estaba al tanto de la situación.

—Pero ¿cómo es que se presenta de este modo en todo el pueblo?

—Eso, repito, es difícil de decir — contestó el médico.

—Urshot antes, luego aquí... ¡Se ve claramente un caso de diseminación!

—En efecto — dijo el doctor. — A mí también me lo parece. Tiene un gran parecido con otras especies de epidemias. Es probable que el caso pueda denominarse hipertrofia epidémica.

—¡Epidémica! — contestó el vicario. — ¿No querrá usted decir contagiosa?

El doctor sonrió dulcemente, frotándose las manos. Y observó de nuevo:

—¡Tanto ya no podría decirlo!

—¡Pero — gritó el vicario con los ojos muy

abiertos, — si es contagioso nos puede atacar á nosotros!

Dió unos pasos hacia adelante y se volvió diciendo:

—Acabo de estar allí... ¿No haría bien en?... Voy corriendo á casa para tomar un baño y hacer fumigar mis ropas...

El médico se quedó mirando un momento las espaldas del fugitivo vicario. Mientras caminaba reflexionó que hacía un mes que se había presentado el caso en el pueblo, sin que nadie apareciera contagiado por la enfermedad. Y después de un rato de vacilación decidió ser todo lo valiente que debe ser un médico en estos casos y arriesgarse como un hombre. Y, en efecto, esta decisión última fué buena, porque lo que nunca podía ocurrir ya era crecer: aunque el vicario y el médico hubieran devorado heracleofobia por quintales, el crecimiento estaba fuera de sus alcances; lo gigante había terminado para siempre en aquellos dos caballeros.

VI

Un día ó dos después de la conversación habida entre el vicario de Cheasing Eyebright y el médico de la misma población, entrevista que coincidió con el incendio de la Granja Experimental de Bensington y Redwood, se presentó Winkles ante Redwood y le enseñó una carta insultante. Era un anónimo, en el que el autor debió haber respetado sus secretos de carácter. Decía así la carta:

«Está usted presumiendo mucho con un fenómeno natural, al querer evidenciar su personalidad en la carta que dirige al *Times*. ¡Dése usted publicidad y déla usted á su Boomfood! pero le advierto que ese cacareado alimento, con su nombre absurdo, solo tiene relación accidental con las avispas y con ratas enormes. El hecho positivo es que hay una hipertrofia epidémica, hipertrofia contagiosa, á cuya investigación tiene usted tanto derecho como á la del sistema solar. ¡Gran beneficio le habrá producido á usted el incendio de su finca, que era más vieja que el mundo! Sabrá usted que la hipertrofia existió en la familia bí-

blica de Anak. Lejos de usted, en Cheasing Eyebright hay en la actualidad un niño...»

—La letra es temblona... Sin duda lo ha escrito un viejo — murmuró Redwood. — ¡Pero es chocante que haya allí un niño!...

Siguió leyendo la carta y tuvo de pronto una inspiración.

—¡Caramba! — exclamó, — ya sé donde está la Skinner.

Y, en efecto, en la tarde siguiente se presentó inopinadamente á la Skinner, que estaba arrancando cebollas en el huertecito situado delante de la casa de su hija. La Skinner le vió entrar por la puerta del huerto y se quedó por un instante *consternada*, según dicen allí los aldeanos; luego se cruzó de brazos y adoptó la defensiva esperando la llegada del sabio con un manojo de ajos debajo del brazo. Abrió dos ó tres veces la boca mascullando algunas palabras, é hizo un rapidísimo saludo con la cabeza.

—Bien me presumí yo que la encontraría á usted aquí — dijo Redwood.

—Contaba con ello, señor — dijo ella con indiferencia.

—¿Dónde está Skinner?

—No me ha escrito ni lo he visto desde que estoy aquí.

—¿Sabe usted lo que ha sido de él?

—No habiéndome escrito, mal puedo saberlo, señor.

La vieja dió un paso hacia la izquierda con el propósito de separar á Redwood de la puerta del pajar.

—¡Nadie sabe lo que ha sido de él!

—Pues yo aseguro que él lo sabe muy bien.

—Pero no lo dice.

—Mi marido fué siempre de los que saben guardarse á sí propios y dejan á los demás que se las compongan como puedan; para eso sabe ser muy listo.

—¿Dónde está ese niño? — preguntó Redwood á boca de jarro.

—La Skinner trató de evitar la respuesta.

—Quiero ver á ese niño del que tanto he oído hablar, á ese niño á quien usted le ha administrado la substancia, á ese niño que pesa más de una arroba.

Las manos de la Skinner se pusieron temblorosas, y los ajos se le cayeron en el suelo.

—Pero señor — exclamó, — no entiendo lo que usted dice, créame usted. Mi hija, la mujer de Caddles, tiene un hijo, es verdad, pero...

—Lo mejor que puede usted hacer, señora Skinner dijo Redwood, — es enseñarme el niño.

La señora Skinner lo miró de soslayo y lo llevó al pajar.

—En verdad, señor — dijo la anciana, — que

bien ha podido ser un poquito de substancia que le di á su padre en un jarrito allá en la granja para que se la trajera... O quizá otro poco que yo me traje por casualidad, vamos al decir. Ya ve usted ¡como empaqueté tan de prisa! y luego que...

—¡Hum! — refunfuñó Redwood después de acariciar al niño. Redwood dijo á la mujer de Caddles que tenía un hijo verdaderamente hermoso, de lo cual no protestó ella. El sabio no volvió á cuidarse de la madre, quien al ver que allí no hacía falta, se marchó.

—Puesto que ha empezado usted con él así — dijo Redwood á la abuela, — hay que seguir dándole el mismo alimento, ya lo sabe usted, y ahora, cuidado con decir nada.

La vieja indicó por medio del gesto que había comprendido bien.

—¿No se lo habrá usted contado á la gente de por aquí, eh? Es más, supongo que no se lo habrá usted dicho ni á los pãdres, ni á los señores de la casa grande, ni al vicario, ni al médico, ni á nadie.

La Skinner meneó la cabeza negativamente.

—Yo me guardaría mucho de decirlo — añadió Redwood.

Salió á la puerta del pajar y dirigió una mirada investigadora por los alrededores. La puerta del pajar se encontraba situada entre la casa y

3. — TOMO II.

unas pocilgas vacías, y comunicaba con la carretera. Algo más lejos se alzaba una pared de ladrillo, cubierta de yedras y enredaderas y coronada con vidrios rotos. Junto al ángulo de la pared y entre ramas verdes y amarillentas, sobresalía una tabla con un letrero que decía: «Se prohíbe el paso á los bosques». En la valla había una rotura, pero había sido cubierta con un tejido de alambres llenos de pinchos.

—¡Hum! — exclamó Redwood en diferentes tonos.

Oyose en esto ruido de caballos y de ruedas y se dejaron ver las yeguas tordas de la señora Wondershoot. Redwood se fijó en las caras del cochero y del lacayo conforme se iba acercando el coche. El cochero era un hermoso ejemplar de la clase, grueso y colorado. Guiaba con cierta dignidad sacramental. Posible es que haya gente en el mundo, que dude su propia vocación y destino, pero aquel hombre no tenía duda de que los suyos eran guiar el coche de su señora.

El lacayo iba sentado á su lado, con los brazos cruzados y con cara de un hombre que está convencido de su importancia.

Luego, se distinguió á la señorita, con sombrero y abrigo, sencilla y desdeñosa mirando á través de sus lentes. Dos señoritas iban con ella, las cuales curioseaban sacando la cabeza por la ventanilla y alargando el cuello.

El vicario, que pasaba por el lado opuesto, se quitó apresuradamente el sombrero, descubriendo su frente que recordaba la de David; pero su salud pasó tan inadvertido como otras muchas veces. Redwood permaneció un buen rato en el umbral después de haber pasado el carruaje, teniendo las manos cruzadas á la espalda. Su vista recorría las verdes colinas que tenía al frente; luego paseaba por el límpido azul del cielo, y acababa por detenerse en la muralla coronada de vidrios rotos; después, se fijaba en el sombrío y fresco interior de la casa, donde entre manchas de color y obscuridades á lo Rembrandt, el niño-gigante, sin otro vestido que una faja de franela y sentado en un gran haz de paja, jugaba con sus propios pies.

—Ahora empiezo á ver lo que hemos hecho — murmuró Redwood.

Siguió pensando, y su propio hijo, y el niño Caddles y todos los de Cossar, se mezclaron en su reflexión. Luego se echó á reír de pronto y dijo, respondiendo á alguna idea extraña:

—¡Dios mío!

Hasta que, volviendo á la realidad, se dirigió á la Skinner y le dijo:

—Sea lo que fuere, no hay que atormentar al niño con una interrupción del alimento. Esto, bien lo podremos evitar. Yo le mandaré á usted un bote cada seis meses. Eso le vendrá perfectamente.

La señora Skinner murmuró algo parecido á

—Si á usted le parece, señor...

Y añadió luego:

—¡Como probablemente empaqueté por equivocación!... Además, no creí que pudiera perjudicarle dándole un poco...

Y al propio tiempo le indicaba á fuerza de variados y temblorosos gestos, que le comprendía.

El niño siguió creciendo, ¡creciendo siempre!

—¡En realidad, ese chico se ha comido todas las terneras de la localidad! — decía la señora Wondershoot. — ¡Si dieran todos en obsequiarnos como Caddles, con otros de la misma especie, medrados estaríamos!

VII

Por muy retirado que fuera el pueblecillo de Eyebright no pudo sostenerse allí la teoría de la hipertrofia — fuera contagiosa ó no — dado el creciente fumulto que producía el alimento. Al poco tiempo, le pidieron explicaciones á la señora Skinner; explicaciones que la expusieron á la más penosa prueba; la pobre vieja sufrió registros, acusaciones, delaciones... hasta que, por fin, tuvo que refugiarse en su dignidad de viuda inconsolable, para hacer frente á la hostilidad universal.

La señora Skinner volvía los ojos — que trataba de tener llenos de lágrimas — hacia la indignada señora de la casa grande, mientras se enjugaba las manos, que le chorreaban legía.

—Su señoría olvida lo que yo estoy pasando — decía.

Y proseguía en este toque de atención, con cierta desconfianza.

—En *él* pienso siempre, de día y de noche.

Luego, apretaba los labios y su voz bajaba de tono al decir:

—Siéntese la señora.

Y habiéndose ya asegurado en ese terreno, repetía la afirmación rechazada anteriormente por su señoría.

—Yo, señora, no tenía más idea que la que pudiera tener otra persona respecto á lo que le daba al niño.

La señora imprimía á su pensamiento una dirección más grata, pero sin dejar por eso de regañar de un modo tremendo contra Caddles.

Emisarios amenazadores penetraron en la ya tumultuosa vida de Bensington y Redwood; se presentaron como concejales del Ayuntamiento, estólidos y aferrados á las disposiciones ya proclamadas.

—Le consideramos á usted responsable, señor Bensington, del daño producido en nuestro municipio... ¡Sí, señor, usted es el responsable!

Una sociedad de procuradores, licenciados en astucias, que se firmaba con siete apellidos y que aparecía invariablemente en forma de un vejete pequeñuelo, de pelo rojizo, aspecto astuto y nariz puntiaguda, habló también á nuestros sabios, de un modo vago, de daños y perjuicios, y de la casa de su señoría llegó á la de Redwood un personaje distinguido, que preguntó:

—Y, bien, caballero ¿qué se propone usted hacer ahora?

—Interrumpir el envío del alimento al chico

si á Bensington ó á mí nos siguen molestando de este modo. Yo doy ahora la comida de balde, pero puedo dejar de darla cuando quiera, y no teniéndola el niño, gritará y convertirá el pueblo en ruinas antes de morirse si no se le da la substancia. El niño está á cargo de ustedes y ustedes deben mantenerlo. La señora Wondershoot, al ser dama bienhechora y providencial de un pueblo, ha contraído responsabilidades ¿me entiende V.?

—El mal está hecho — dijo la señora Wondershoot al conocer la respuesta.

—Sí, el mal está hecho — repitió el vicario, como un eco.

Pero no era así: el mal no estaba hecho, sino empezado á hacer únicamente.